

cidos rayos nueva y eterna aurora. Su asombro y su lamento es no encontrar más que silencio y noche.

Con Bossuet, el contraste del método no es ménos visible. Aunque en su tratado *del Conocimiento de Dios* no se dirigiera el gran prelado á su discípulo el jóven Delfin, aunque se dirigiera á cualquiera otro lector, no lo haria de otra suerte. Bossuet toma la pluma y expone con plácida tranquilidad los puntos de doctrina, la doble naturaleza del hombre, su noble origen, la existencia y la inmortalidad del principio espiritual que en él reside y es el lazo que le une directamente á Dios. Como la mayor parte de los obispos, Bossuet profesa en su cátedra y se apoya en ella. No es un curioso que investiga inquieto; es un maestro que enseña y que confirma. Demuestra y desarrolla toda la serie de su discurso y de su concepcion sin lucha y sin esfuerzo; no se fatiga en probar; no hace más que, en cierto modo, promulgar y reconocer las cosas del espíritu como hombre exento de combates interiores. Es el hombre de todas las autoridades y de todas las estabildades, complaciéndose en reconocer el orden ó en restablecerlo. Pascal insiste sobre el desacuerdo y el desorden inherente, segun él, á toda naturaleza. Allí donde el uno presenta desplegada su enseñanza augusta, nos muestra el otro su sangre y sus heridas; y en lo que el último tiene de más exagerado en su dolor nos parece más semejante á nosotros y nos afecta más.

Esto no quiere decir que Pascal se ponga completamente á la par del que conduce ó dirige. Sin ser obispo ni sacerdote, está siempre seguro de sí mismo, conoce su objetivo de antemano y deja traslucir su creencia, su impaciencia y sus desdenes; reprende y maltrata, cuando no se burla, al que resiste ó no entiende; pero de repente la caridad se impone; deja su tono despótico, y habla en su nombre y en nombre de todos asociándose al alma en pena que es su viva imágen y también la nuestra.

Bossuet no rechaza las luces de la filosofía antigua, no menosprecia su socorro; segun él es bueno todo lo que conduce á la idea de la vida intelectual y espiritual, todo lo que contribuye al ejercicio, al desarrollo de esta parte suprema de nosotros mismos que nos iguala al primer Sér; y tantas veces como encontramos una *verdad ilustre*, experimentamos un presentimiento de la existencia superior á que es-

tamos destinados. Le gusta á Bossuet unir en su magnífico lenguaje los más preclaros nombres, tejiendo la cadena de oro por la que llega el entendimiento humano á la más alta cima. Citemos un pasaje de soberana belleza.

« Quien ve á Pitágoras, encantado por su descubrimiento del cuadrado de la hipotenusa, sacrificando una hecatombe en accion de gracias; quien ve á Arquimédes, absorto en sus descubrimientos, olvidándose de beber y de comer; quien ve á Platon celebrando la felicidad de los que contemplan los bello y lo bueno, primeramente en las artes, en segundo lugar en la naturaleza, por último en su fuente y su principio que es Dios; qui en ve á Aristóteles loando los momentos en que el alma solo está poseida por la inteligencia y la verdad y juzgando tal vida como única digna de ser eterna, de ser la vida de Dios; pero sobre todo, quien vé á los santos de tal manera dichosos en el divino ejercicio de conocer, de amar, de alabar á Dios, que no lo dejan nunca, y que para continuarlo durante todo el curso de su vida apagan todos los deseos sensuales; quien ve, digo, todas estas cosas, reconoce en las operaciones intelectuales un principio y un ejercicio de vida eterna y bienaventurada. »

Á Bossuet le lleva á Dios el principio de la grandeza humana más que el sentimiento de la miseria. Su contemplacion se eleva de verdad en verdad, no se precipita sin cesar de abismo en abismo. Acabamos de verle pintando este regocijo espiritual de primer orden que empieza por Pitágoras y por Arquimédes, que pasa por Aristóteles, que llega hasta los santos; mirándole á él mismo en este supremo ejemplo, parece no haber hecho más que subir un escalon de su altar.

Pascal no procede así: marca acentuadamente y de una manera infranqueable la diferencia de las esferas. Desconoce lo que en la filosofía pagana pudiera haber de gradual y de encaminado al cristianismo. El moderado y sabio d'Aguesseau, en el plan de la obra que propone sobre los *Pensamientos*, ha podido decir: « Para poner en obra los *Pensamientos* de M. Pascal, sería preciso rectificar en muchos puntos las ideas imperfectas que da sobre la filosofía del paganismo; la verdadera religion no necesita suponer en sus adversarios ó en sus émulos defectos que no existen. » Puesto Pascal



en parangon con Bossuet, nos chocarán desde luego su estrechez de doctrina y su dureza. No contento como Bossuet, Fenelon y todos los cristianos con creer en un dios oculto, insiste en los caracteres misteriosos de su oscuridad; se complace en declarar expresamente que Dios « ha querido cegar á los unos é iluminar á los otros. » Á cada instante tropieza en los escollos que sería más saludable eludir que denunciar y que él descubre en menoscabo de la razon y la fe. Dice de las profecias que cita el Evangelio: « Creeréis que se citan para haceros creer. No; es para alejaros de creer. » Dice de los milagros: « Los milagros no sirven para convertir sino para condenar. » Diríase que busca el vértigo, como el intrépido guia de las montañas costea voluntariamente los escarpados y los precipicios. Al contrario que Bossuet, Pascal se apega á las pequeñas iglesias, á los pequeños grupos de elegidos, lo que conduce á la secta: « Yo prefiero, dice, á los adoradores desconocidos del mundo y de los profetas mismos. » Pero al lado y al traves de estas durezas, de estas asperezas del camino, ¡ cuántas palabras consoladoras! ¡ cuántos gritos penetrantes! ¡ cuántas verdades sensibles á todos los que han sufrido, deseado, perdido y recobrado el camino sin desesperar! « Bueno es, exclama, estar cansado y rendido por la inútil investigacion del verdadero bien, á fin de tender los brazos al Libertador. » Nadie ha hecho sentir mejor que Pascal lo que es la fe; la fe perfecta « es Dios sensible al corazon, no á la razon. ¡ Cuánta distancia, dice, de conocerle á amarle! »

Este lado afectuoso de Pascal ejerce más imperio y tiene más encanto, porque contrasta con lo que tienen de áspero y severo su procedimiento y su doctrina. La ternura con que este gran espíritu nos habla de lo que hay de más particular en la religion, de Jesucristo en persona, es á propósito para ganar todos los corazones, para inspirarles no sé qué sentimiento profundo, para imprimirles un indeleble respeto. Se puede el lector quedar incrédulo despues de haber leído á Pascal, pero ya no es posible que se ria ni que blasfeme. En este sentido es indudable que Pascal ha vencido en cierto modo al espíritu del siglo décimooctavo y de Voltaire.

En un trozo ántes inédito cuya publicacion se debe á M. Faugère, medita Pascal sobre la agonía de Jesucristo, sobre los tormentos

que su alma perfectamente heroica y tan firme cuando quiere serlo, se inflige á sí misma por la salud de los hombres; Pascal penetra en el misterio de su dolor agudo, con una ternura, una pasion, una piedad, á las que ninguna alma humana puede ser insensible; supone un diálogo en que el divino agonizante se dirige á su discípulo diciéndole:

« Consuélate; no me buscarías si no me hubieras encontrado.

» Tú no me buscarías si no me poseyeras; consuélate pues.

» Yo pensaba en tí en mi agonía; por tí he vertido gotas de mi sangre.

» ¿Quieres tú que yo dé siempre sangre de mi humanidad sin que tú des lágrimas? »

Es necesario leer este trozo entero y en su lugar. Me atrevo á creer que Juan Jacobo Rousseau no hubiera podido oirlo sin prorumpir en llanto y quizá caer de rodillas. Á estas páginas apasionadas y ardientes en las que respira en el amor divino la caridad humana, debe Pascal el ascendiente que ha alcanzado en nuestros dias. Su turbacion y su pasion y su fuego bastan á compensar y hacen que se perdone lo que hay de duro en su forma ó de exagerado en su doctrina. Pascal es al mismo tiempo más violento y más simpático para nosotros que Bossuet; es por el sentimiento más contemporáneo. Despues de leer *Childe-Harold*, *Hamlet*, *René* ó *Werther*, podemos leer á Pascal sin que la atencion y el interes decaigan; leyéndole, nos hará sentir y comprender un ideal moral que no existe en los otros.

Pascal será todavía estudiado más á fondo por algunos curiosos y algunos eruditos; pero el resultado que por hoy debemos consignar, el consejo que despues de una lectura de la última edicion de los *Pensamientos* damos á los espíritus serios sin pretensiones de sabios, es que no se debe intentar siquiera el penetrar demasiado en el Pascal sectario y jansenista; en este concepto debe el lector darse por satisfecho con oirle, con el espectáculo de la lucha moral, de la tempestad, de la pasion que siente por el bien y la felicidad. Tomándolo de este modo se resistirá á su lógica algo estrecha, terca y absoluta, sin privarse del ardor contagioso y de todo lo que en él hay de generoso y tierno; será fácil asociarse al ideal de perfeccion moral que personifica tan ardientemente en Jesucristo. Se siente uno como purificado en las



horas que pasa en conversacion con el atleta, con el mártir, con el héroe del mundo moral invisible que se llama Pascal.

El mundo marcha; pero marcha por sendas que parecen opuestas á las de Pascal; se desarrolla en el sentido de los intereses positivos, de la naturaleza física domada y del triunfo humano por la industria. Bueno es que haya en alguna parte contrapeso; que en algun gabinete solitario, sin pretender protestar contra el movimiento y la direccion del siglo, haya espíritus firmes, almas generosas, que se digan lo que al siglo falta para tener coronamiento digno. Tales receptáculos de altos pensamientos son útiles, necesarios. La sociedad humana me parece en ocasiones un viajero infatigable, que sin descanso recorre su camino cambiando de traje y aún de nombre. Desde 89 estamos en pié y marchamos: ¿con qué rumbo? ¿quién sabe adónde nos dirigimos? Nadie lo sabe, pero marchamos siempre. Cuando la Revolucion parece detenida, torna á levantarse y continúa cambiando sólo de forma; unas veces bajo el uniforme militar, otras bajo la levita negra del legislador; tan pronto con la chaqueta del proletario, tan pronto con la casaca del político. Hoy es industrial; el ingeniero triunfa. No lo deploramos, pero acordémonos de la otra parte de nosotros mismos que durante largo tiempo ha sido la honra de la humanidad. Vamos á Lóndres, visitemos y admiremos el Palacio de Cristal y todas sus maravillas; pero á la vuelta digamos con Pascal estas palabras que debieran estar grabadas en el frontispicio:

« Todos los cuerpos, el firmamento y los astros, la tierra y sus reinos, valen ménos que el último de los espíritus; el espíritu conoce todo esto y se conoce á sí mismo, y los cuerpos nada. Todos los cuerpos juntos y todos los espíritus juntos y las producciones juntas de todos los espíritus, valen ménos que el menor movimiento de caridad. Esta es de un orden infinitamente superior. »

Así es como se expresa Pascal en sus *Pensamientos*, pensamientos cortos, breves, enfrenados, escritos para él sólo, que brotan como un surtidor del manantial mismo.

El libro de Pascal eleva el alma á la esfera moral y religiosa, de la que la apartan fácilmente los intereses vulgares. En la edicion de Havet se ha procurado mantener esta impresion elevada, desembarazando el libro de las cuestiones de secta en que estuviera envuelta la doctrina

particular del autor. El editor resume bien el espíritu de su trabajo: « En general, dice M. Havet, los hombres del dia somos más razonables que Pascal en nuestra manera de entender la vida; mas para alabarnos de esto deberíamos ser al mismo tiempo desinteresados, caritativos, puros, como Blas Pascal. »

LÚNES, 29 Marzo 1852.